



Augusto Roa Bastos.

Porque, precisamente, el fenómeno paraguayo de mediterraneidad no sólo se vincula con lo anterior, sino que aparece como correlato de las mutilaciones geográficas provocadas por la guerra y los saqueos del siglo XIX (cuyos responsables fueron el argentino Mitre, el brasileño Caxias y el uruguayo Flores, con el imperio inglés de los Baring Brothers como aval y destinatario), y por el absurdo y devastador enfrentamiento con Bolivia, el otro país mutilado y "encerrado" de América Latina (cuyos ocultos responsables, a su vez, se encuentran entre la Banca Edwards, la Shell y la Royal Dutch).

Mediterraneidad del Paraguay, entonces, que Roa Bastos sutilmente proyecta sobre el encierro/cerrazón del doctor Francia, tanto a través de su discurso coagulado en el protocolo, en su prescindencia del otro entendido como dialogante o en la exigencia de pasividad por parte de la población. Y, a través de esas mediaciones, en su versión del

espacio respecto de su propio cuerpo, en el manejo de los volúmenes de la vivienda y hasta en los itinerarios secretos de la ciudad o en los límites mucho más explícitos de su territorio.

Es que en esa clausura reside el punto de partida del Dictador: al dictar mutila a un país en el uso de la palabra. Su protagonismo es excluyente y su discurso intimidado y petrificado. Su palabra no convoca al otro en el coloquio, sino que lo restringe a la función especular. Y como no espera respuesta, sólo se flexiona en la orden. Perspectiva que finalmente anula toda posibilidad interpersonal para congelarse en el dogma. Texto cerrado por excelencia.

En este sentido, Roa Bastos lleva adelante tres movimientos de ruptura y trascendencia: en primer lugar, abre el típico discurso dictatorial cerrado al diluir la presencia autoritaria del autor tradicional mediante el procedimiento de la transcripción y del collage; en segundo lugar, desborda los deportes más

legítimos del "boom" de los años sesenta que ya iban corriendo el riesgo de anquilosarse en un juego banal de ludismo combinatorio y, en tercer lugar, plantea nitidamente una apelación a un lector complementario, dialogante y cuestionador. Lector sin complicidades que se sitúa en el otro extremo de los paraguayos atónitos y sumisos sobre los que instauraba su dictadura el doctor Gaspar Rodríguez de Francia. ■ DAVID VINAS

## Ocho cuentos de "Clarín"

"Ha sido y es radicalmente disolvente de valores esenciales a ese modo de ser que es ser español". Esta postura frente a Leopoldo Alas "Clarín" adoptaba el profesor don Torcuato Fernández-Miranda en 1953, al enjuiciar en la revista "Cuadernos Hispanoamericanos" el legado de su ilustre paisano. Antonio Ramos-Gascón la saca a relucir (hablando de "retórica inquisitorial y esperpéntico plumín") en la Introducción a su edición de "Pipá", colección de cuentos de "Clarín", publicada en Cátedra.

Estos cuentos fueron escritos por "Clarín" entre 1879 y 1884. Publicados entonces en periódicos, el escritor los reunió en libro el año 1886 para la editorial Fernando Fe. Ahora reaparecen al cabo de noventa años, dentro de una reivindicadora corriente (iniciada hace diez por Alianza Editorial con su reedición de "La Regenta"), que está ofreciendo lo más interesante de su obra. Mucho queda, sin embargo, de Alas por ver la luz. Fue, sobre todo, escritor de periódico. Antonio Ramos lo señala más de una vez y llega a decir: "Quien tenga la curiosidad y la paciencia de asomarse a nuestras hemerotecas, opinará conmigo que la única manera de comprender cabalmente la labor literaria de 'Clarín' es repasando sus páginas en el contexto periodístico en el que se fueron escribiendo". Y en los periódicos hizo buena parte de su obra, a lo largo de más de veinte años. En uno de ellos -"El Solfeo", editado bajo el lema "Oposición constante e imparcialidad absoluta. Justicia

seca y caiga el que caiga"- aparece por primera vez el seudónimo de "Clarín". Es en 1875, tres años antes de doctorarse con la tesis "El derecho y la moralidad" y ganar luego el primer puesto para una cátedra en Salamanca. De nada le sirvió, de momento, porque el ministro del ramo no adjudica la cátedra a Leopoldo Alas, sino al candidato que ocupa el tercer puesto en la oposición. Alas pasa años de apuro económico, hasta que en 1882, con el Gobierno liberal de Sagasta, se repara la injusticia y va destinado a una cátedra de Derecho Romano en la Universidad de Zaragoza.

En esos años de penuria se echan los cimientos del "Clarín" narrador. Precisamente "Pipá", la obra que da título a este volumen, es de 1879. Y aunque "no es el primer cuento que 'Clarín' escribe y publica", señala Ramos, sí "es probablemente el primer trabajo de creación que se aproxima a las metas que su ambición artística le fija y que todavía tardará cinco años en alcanzar"... Las metas a que apuntaba esa ambición artística eran bien altas. Y después de esos cinco años (en 1884) "Clarín" llegaba efectivamente a la cumbre con "La Regenta", de la que bien pudo escribir a un amigo diciendo que con ella había logrado "una obra de arte"...

Ramos pasa revista a todos y cada uno de los cuentos recogidos. Pero acaso tanto como los mismos cuentos (tan desconocidos para el español de hoy, a pesar de que fueran editados en su día, como su novela inédita "Speraindeo", por ejemplo), interesa aquí la introducción de Ramos, que ocupa un centenar de páginas, y constituye un excelente análisis de la vida y obra de Leopoldo Alas, considerado en su circunstancia histórica. ■ V. M. R.

## La música acallada de Francisco Pino

Una y mil veces se ha escrito sobre la configuración archicentralista de la vida española de las últimas décadas. Es un lugar